

# La Última Curva



*Art. 55 3 de marzo de 2026*

Por David Landazabal – Vicepresidente de Stop Accidentes, víctima de siniestros viales y autor de *La Última Curva*

*El hombre que nunca pensó que le tocaría*

*Reflexiones desde el límite entre lo legal y lo absurdo*

Le llamaremos Javier, tiene 42 años.

Dos hijos.

Hipoteca.

Trabajo estable.

Ninguna multa grave.

Si le hubieran preguntado, habría dicho lo mismo que decimos muchos de nosotros:

—Yo conduzco bien.

—Soy prudente.

—A mí no me va a pasar.

No bebía cuando conducía.

No corría “como un loco”.

No hacía locuras.

O eso creía.

Aquella mañana era un martes cualquiera.

De esos que se parecen tanto a los lunes que nadie nota la diferencia.

Salió con el tiempo justo.

Un mensaje sin contestar.

Una reunión importante.

Tráfico denso pero fluido.

El móvil vibró.

No era la primera vez que lo miraba conduciendo.

No era algo habitual, se decía. Solo un segundo.

Una notificación, solo una mirada rápidita.

Cuando levantó la vista, el coche de delante había frenado.

No fue un impacto espectacular, no hubo vuelcos ni nada especialmente llamativo, simplemente un alcance.

Pero en el vehículo golpeado viajaba una mujer con su hijo de nueve años.

El niño sobrevivió.

Ella no.

Javier no era ningún delincuente, no salió esa mañana con intención de hacer daño, ni se levantó pensando que iba a destrozar una familia.

### **Pero tomó una decisión.**

Un segundo, una mirada, un gesto que había normalizado tantas veces que dejó de verlo como un riesgo.

El juicio llegó meses después, los titulares duraron un día aproximadamente, igual hasta exagero. La condena fue clara.

Pero la verdadera condena no estaba en la sentencia.

Estaba en cada noche sin dormir, en la culpa.

En cada vez que escuchaba la palabra “mamá”.

En cada cumpleaños que sabía que nunca volvería a celebrarse para esa familia.

Hay algo muy muy incómodo en esta historia.

No es ningún monstruo.

No es un temerario a 200 km/h.

No es un perfil extremo.

### **Es alguien normal.**

Y quizá ahí está lo verdaderamente inquietante y llamativo.

Porque si el peligro tuviera siempre cara de imprudencia evidente, sería fácil detectarlo.

Lo difícil es asumir que a veces el riesgo se parece demasiado a nosotros.

Decimos “fue un accidente”, y la palabra nos tranquiliza, parece algo fortuito.

Pero los accidentes o mejor dicho, los siniestros, no vibran en el bolsillo.

No miran notificaciones.

No eligen no esperar diez minutos.

Las decisiones sí.

Javier nunca pensó que le tocaría.

Como casi todos.

Hasta que le tocó.

Y desde entonces, cada vez que alguien dice “solo fue un segundo”,

él sabe exactamente cuánto puede durar un segundo y que se puede perder.

**¿estás seguro de que ese segundo no puede cambiarlo todo?**